

UN PASADO QUE DURA

Cartagena de Indias en el siglo XVI

Haroldo Calvo Stevenson y Adolfo Meisel Roca, editores
Banco de la República, 2010, 318 p.

Al pronunciar unas palabras de presentación de *Cartagena de Indias en el siglo XVI* debo aludir a cierto enigma que acompañó mi lectura de los diez ensayos, los siete comentarios referidos a ellos y el prólogo de sus editores, Haroldo Calvo Stevenson y Adolfo Meisel Roca.

El enigma surgió sin que, por razones de esa cortesía que termina por establecer la amistad, y en buena hora en medio de una sociedad que ve derrumbarse los vínculos tradicionales, yo me atreviera a plantearlo a los autores de la aventura intelectual que hoy nos congrega, tan incitante como oportuna, tan oportuna como renovadora, y tan renovadora como fecunda y para anunciarlo desde ya, al lado de su temporalidad: siglo XVI, tan actual.

El enigma, a medida que avanzaba en esa especie de asedio que los veintiún autores y comentaristas hacen a un pasado que no puedo seguir llamando pasado, por lo menos por dos motivos: porque ese pasado no es conocido y porque no ha terminado de construirse.

A medida que avanzaba, digo, el enigma se iba convirtiendo en un entendimiento. A la manera quizá de aquellos oráculos donde la extrañeza de quien lo consulta, el lector, aumenta las posibilidades de sentidos del texto, pone a flote sus silencios y recibe con provecho sus énfasis. Diálogo vivo entonces.

El enigma que se desvaneció consistía en preguntarme en cuál lugar estaría un escritor de ficciones al acercarse a las rigurosas elaboraciones de los historiadores, a las hipótesis que permiten las fuentes, por lo regular documentales, a las renovaciones que surgen de otras perspicacias, y a lo mejor de un presente que reclama el fundamento sólido que lo lastra o que lo impulsa.

Sea cual fuere el interés o la curiosidad del escritor de ficciones que lee sobre una época, se va a topar con algo que, siendo un empeño del historiador: apuntalar verdades, recuperar formas de vida, encontrar y restablecer el tejido del cual somos hilos de manera inexorable, con la misma fatalidad que un día, al cabo de los años, el espejo, la vitrina o la conciencia de las sombras nos muestran en un gesto, un movimiento, un capricho, antes inadvertidos, la marca que repite a la madre, al padre, a los abuelos.

Cartagena de Indias en el siglo XVI no es un libro solitario. Forma parte de una búsqueda ambiciosa que, lejos de consentir las repeticiones incansables de una historiografía de postales, exóticas o heroicas, curiosas o fantásticas, ha propuesto la construcción de las preguntas que conduzcan al conocimiento de un mundo extraviado en los espejismos, por un lado fragmentos de devastaciones, largas resistencias, fundiciones, o aceptación forzada; por el otro el alba antigua de un esplendor que causó maravilla y asombro y apenas si pudo ser recibida con la ignorancia y las energías desmedidas de la codicia.

Después de navegaciones teóricas por otros periodos y épocas, ésta de hoy, *Cartagena de Indias en el siglo XVI*, envuelve aspectos de especial alcance. Para mencionar algunos, el primero de ellos encierra algo que por circunstancias acumuladas estaba distante y que tal vez se podría llamar la *deshispanización* de nuestra mirada.

Me refiero al conjunto de ensayos reunidos en el aparte que lleva por título «El mundo indígena». Aquí anida una oportuna reflexión de método: la necesidad de incorporar al desentrañamiento de las ausencias las huellas enterradas. O sea, leer e imaginar no únicamente en la fuente escrita. Son seductoras las meditaciones que pueden orientarse para intentar explicar el apego a la letra y cómo perdura en la existencia de la sociedad. Culto a la letra que manifiesta tanto virtudes como usos perversos. Por supuesto aún falta lectura y ordenamiento de montones de legajos. Poco a poco surge la letra como exorcismo o como deliberado conjuro de ocultamiento de la realidad o desviación de su rostro. Incluso como protesta y reclamo contra la adversidad venida de los elementos. Esto se puede ilustrar con la lectura de una escritura pública otorgada ante escribano por un comerciante que quedó en la ruina cuando sus caudales y mercancías se perdieron con el siniestro de la embarcación que las transportaba. Naufragó al salir de la bahía.

Conocí el reclamo cuando por motivos literarios el archivero del reino, don Moisés Álvarez, me dio una copia. Parecían un poema de la ira sus alegatos contra las olas, los vientos, las tormentas. Tan exacta como una carta de embarque y un inventario de bodega, arrancaba poesía a la desgracia.

Así los autores del primer aparte de *Cartagena de Indias en el siglo XVI*, muestran además los enriquecedores resultados de una investigación histórica interdisciplinaria. Aparecen allí cerámicas y fogones, vasijas. Utensilios que sirven para ubicar asentamientos y el carácter mismo de grupos poblacionales. Ello para desbrozar una carencia que expresa así Gerardo Ardila: «(...) puede decirse que no

hay investigación sobre el destino que le correspondió a la población indígena cartagenera y a la de la provincia que le sirvió de sustento».

No menos revelador resulta el ensayo sobre el Gran Zenú. En medio del despojo inmisericorde a la luz de los análisis cuantitativos y su efecto en el horizonte de la conquista y su aplicación al poblamiento, se desprende una grave consecuencia para la noción y participación en las nociones de lo sagrado. Es probable que de ese antiguo y lejano sacrilegio venga una génesis interiorizada de la conflictiva, violenta relación con la muerte y con los muertos. Restos de un saqueo a los cuales se les arrebató su dignidad, su nobleza, y quedaron inermes para ese otro viaje. En un agudo aserto, Ana María Falchetti escribe en su ensayo: «La verdadera riqueza de los zenúes fue esa constante búsqueda del equilibrio, en un ajuste continuo a los vaivenes del clima, del tiempo y de la historia».

Cualquier comentario no haría más que reiterar cómo estamos impelidos a revisar la idea del tiempo, no para repetir a ese personaje de *Cien años de soledad*, Úrsula Iguarán, quien observa que el tiempo se mueve en redondo, sino para inscribir el presente en una completitud ambiciosa, menos tímida, que nos muestre y nos permita vernos enteros.

Otra observación que funda cambios en lo conocido es la dirigida a la utilización de la cartografía antigua. Aquí el autor, Roberto Luis Jaramillo, apunta a revelar cómo la casi totalidad de los planos urbanos de Cartagena la muestran desde el mar. Y también la superposición de poblamientos.

La verdad es que presentar un libro como *Cartagena de Indias en el siglo XVI*, anima a celebrarlo. Los ensayos dedicados a la piratería y su caracterización en contravía de las imágenes comunes; los muy documentados sobre poblamiento de Gómez Pérez, Borrego Plá, Herrera Ángel, todos con sus precisiones demográficas que tanto atraen a Calvo Stevenson y a Meisel Roca, hasta llegar a la mesa redonda centrada en la india Catalina, plena de humor y traviesas insinuaciones, constituyen un cuerpo que arrojará al lector un juego de naipe distinto, con otros ases y lo guiará hacia preguntas nuevas.

Tanto para el escritor de ficciones que hallará en estos textos una manera de recomposición de la realidad y sus añejos conflictos de desembrujamiento; como para el lector especialista, o simple curioso, *Cartagena de Indias en el siglo XVI* constituirá una experiencia renovadora e inolvidable.

ROBERTO BURGOS CANTOR

Palabras del autor en el acto de lanzamiento de *Cartagena de Indias en el siglo XVI*, diciembre 21 de 2010